

la principal puerta del edificio. Esta tribuna podría cubrir del todo á un vestíbulo que se destacara á lo largo de toda la fachada, y destinado á poner el interior al abrigo del frío y del bullicio del exterior. Los asientos se dispondrían de suerte que la persona que ocupase el púlpito pudiese ser vista y oída por todos lados, como en los anfiteatros, que adelante veremos. Daríase luz á la sala por ventanas abiertas en cada lado, y á profusión. Las formas serían sencillas, distinguidas, y sobre todo, eminentemente racionales. La decoración, tranquila, sobria, viril; el carácter dominante, la dignidad y serenidad absoluta.

III.—MONUMENTOS HONORÍFICOS.

I.—ARCOS DE TRIUNFO, COLUMNAS Y ESTATUAS.

Los arcos de triunfo son de institución romana. En los primeros tiempos de la República, la puerta de la ciudad bajo la que pasaba el triunfador, se decoraba con guirnaldas, con emblemas de victoria y con trofeos de armas arrancadas al enemigo. Estas puertas eran monumentos de alta importancia, sólidamente contruídos, y tratados con no poco lujo. Algunas veces no constaban más que de una sola arcada, como se ve aún en Volterra, Perusa y Nimes. Cuando la actividad de la circulación pareció exigirlo, presentaron entonces dos claros de las mismas dimensiones: uno, para la entrada; el otro para la salida. En algunos dispusiéronse tránsitos de menor anchura hacia los lados del principal, destinados á los peatones. Defendíanse también estas puertas, hacia afuera, por torres cilíndricas comunicadas por una galería construída sobre la misma puerta. Ora esta galería se hallaba herméticamente cerrada al exterior, como se ve en la puerta de Nimes; ora abierta por una ó varias arcadas formando especies de troneiras, tal como se observa en las puertas antiguas de Perusa, Rimini y Autun. En estas dos últimas, las arcadas son numerosas, elevadas y decoradas con pilastras corintias.

Fácil es juzgar de cómo debió establecerse la exornación provisional de estos monumentos. Se nota desde luego, dónde podían colocarse los objetos decorativos; y reconócese que la galería superior debía estar cubierta por la inscripción honorífica, los trofeos y las representaciones simbólicas.

Más tarde, construcciones especiales mejor apropiadas á su objeto, levantáronse al paso del séquito triunfal, en las intersecciones de los caminos ó al comienzo de un puente. Recordaban sin duda las disposiciones primitivas; pero hubieron de alejarse de ellas en algunos puntos. No admitían más que una arcada grande, acompañada ó no de otras más pequeñas; debiendo estar liberalmente dispuestas para recibir una decoración característica. Ejecutadas en madera, apenas sobrevivían á las solemnidades que las habían hecho construir. Pero bien pronto se trató de perpetuar los recuerdos de los triunfos, y la piedra, el mármol y el bronce se encargaron de reproducir en estilo monumental, y de hacerlas pasar á la posteridad, las formas consagradas por esas construcciones efímeras.

Queda en pie gran número de arcos de triunfo alzados por los romanos. Entre los más notables se cuentan: el de Tito en Roma, de Trajano en Benevento y Ancona, de Augusto en Rimini y en Pola, y de San Remi en Francia; todos de una sola arcada. De tres arcadas, son dignos de nota: los de Septimio Severo y de Constantino en Roma, y el de Mario en Orange.

En todos estos monumentos, los pies derechos están decorados de columnas empotradas ó en saliente, que descansan sobre un pedestal relativamente muy elevado; el entablamento resalta sobre las columnas cuando están del todo desprendidas: y sostiene entonces sobre cada una de ellas, estatuas ó figuras emblemáticas, que rematan felizmente y parecen motivar esta rica y vigorosa ornamentación. Un ático destinado á recibir la leyenda conmemorativa, alzóse encima del entablamento. La estatua en bronce, del triunfador, de pie sobre un carro tirado por cuatro ó seis corceles, coronaba con frecuencia el edificio.

Generalmente, los arcos de Roma son de mármol blanco trabajado con primor: están cubiertos de bajos relieves esculpidos en todas las superficies lisas: los tímpanos se hallan ocupados por *Famas*, y el intrados de los arcos se encuentra ricamente decorado con recuadros ó artesonados. Causan estas construcciones admirable efecto, y evocan innumerables recuerdos; sobre todo cuando se contemplan al lado de ruinas imponentes, como los de Septimio Severo y Tito, que se alzan mudos, carcomidos por el transcurso de los siglos, amarillentos y magníficos, en medio del Foro de los Césares.

Carecen las naciones modernas de las pompas triunfales de los romanos; ya no se contempla al general victorioso aclamado por las masas populares, con la frente ceñida de laurel y seguido de cautivos encadenados para ser entregados á los insultos del torpe populacho y seguidamente á los verdugos. Tanto orgullo y crueldad tanta, no informan ya á nuestras civilizadoras costumbres; pero tampoco carecemos de arcos de triunfo. Son asimismo estas decoraciones provisionales que más generalmente se usan para el paso de las comitivas solemnes; y se han levantado en Europa algunos, para perpetuar gloriosos recuerdos. Estos monumentos tienen, en efecto, poco más ó menos la misma razón de ser hoy, que otras ocasiones; y su forma se presta mucho á numerosas expresiones.

Entre los arcos de triunfo modernos, pueden citarse los siguientes:

La puerta de San Dionisio en Paris, impropriamente llamada así, pues es un arco de triunfo construído en honor de Luis XIV, vencedor de Holanda. Está elegantemente decorado; y es de notar la inscripción votiva rayana en admirable laconismo; dice *LVDOVICO MAGNO*. Aun cuando este arco se ha separado como ninguno otro de las tradiciones de la antigüedad, es quizá, según Reynaud, el más bello de los fabricados en los modernos tiempos.

La puerta de San Martín, en Paris también, es igualmente un arco triunfal levantado á Luis XIV; no está exento de cier-

ta pesadez, ni admite comparación con el que acaba de citarse.

El arco de triunfo de la Estrella (Paris) es el monumento más grande en su género. Desgraciadamente, es más bien notable por sus dimensiones que por su forma.

Admírase en Nápoles, á la entrada del Castillo Nuevo, un arco elevado en honor del rey Alfonso I; pertenece á la arquitectura del Renacimiento italiano. Es todo de mármol blanco, y se halla cubierto de encantadoras esculturas.

Finalmente, citaremos el arco de San Galo en Florencia y el arco de la Paz en Milán.

COLUMNAS TRIUNFALES.

Conócese la historia de la más bella y célebre de las columnas triunfales: de la Trajana. Apolodoro de Damasco, encargado de construir un vasto foro sobre una de las vertientes del Quirinal, hizo nivelar el terreno, y con el objeto de conservar la memoria del príncipe que había ordenado los trabajos, alzó la columna de que se habla, al lado de la monumental basílica Ulpia cuyas ruinas en parte se conservan; rodeó el fuste de una espiral de bajos relieves que representan los combates de los romanos bajo el gobierno de Trajano, y coronó el monumento con la estatua en bronce dorado de este Emperador. Hoy se ha sustituido la estatua por la de San Pedro.

La columna que nos ocupa es á la vez el más bello y el más bien conservado monumento de cuantos han dejado los romanos. El arte alcanzó allí la perfección. Idea nueva y feliz, forma distinguidísima, proporciones elegantes, esculturas admirables, carácter monumental, ejecución perfecta, todo se encuentra en ella reunido.

El orden empleado es el dórico, con ovos en el ábaco. Asíéntase la columna sobre un pedestal de más de cinco metros de altura, cuyas cuatro caras están cubiertas de trofeos en bajos relieves, verdaderamente soberbios.¹ Sobre uno de estos pa-

1. De este pedestal existe una excelente reproducción acuarelada, en la ga-

ramentos se abre la puerta de entrada, arriba de la cual se descubre la leyenda votiva, sostenida por dos victorias.

La altura de la columna es de 29^m.80, comprendiéndose la base y el capitel; midiendo el diámetro inferior de la misma, 3^m.70. Una escalera de caracol, cuyas gradas se han labrado en cada uno de los tambores de mármol que forman la construcción, conduce á la plataforma que corona á aquélla.

La columna Antonina, que asimismo subsiste en muy notable buen estado de conservación, es una copia de la Trajana; pero es sabido lo que acontece á las reproducciones: que no copian jamás todas las cualidades del original, ni las bellezas cuyos detalles se escapan al imitador. En este monumento, consagrado á Marco Aurelio, no se encuentran ni la distinción ni la elegancia de formas que en tan alto grado existen en la Trajana. Poco más ó menos de las mismas dimensiones que ésta, la columna Antonina se encuentra ejecutada en grandes bloques de mármol blanco. Una estatua de San Pablo, en bronce, ha venido á reemplazar en su cúspide á la de Marco Aurelio.

La columna de la plaza Vendôme, en Paris, es también una imitación de la Trajana; pero se distingue de ésta en un punto capital: fórmanla despojos del enemigo. Totalmente se halla revestida de bronce procedente de los cañones conquistados en las batallas cuyo recuerdo conmemora el monumento. Las placas metálicas están aplicadas sobre un núcleo de piedra, y admirablemente dispuestas, uniéndose en bisel; de suerte que la dilatación y contracción, efectuándose con libertad y con independencia de una á otra placa, no puedan ser notadas desde abajo de la columna. Este magnífico monumento tiene unos 43 metros de altura, y la columna 30 metros con base y capitel. Valúase el peso del bronce empleado en la construcción, en unos 180,000 kilogramos.

lería de Arquitectura de nuestra Escuela N. de Bellas Artes. Débese al señor Arquitecto D. Francisco M. Rodríguez, antiguo alumno de ese Establecimiento.

La mayor parte de las esculturas son muy bellas; débese el mérito de la construcción al arquitecto Lepère, y el de la idea á Denon.

Pueden citarse, además, entre las columnas triunfales y honoríficas, las siguientes: la de Pompeyo en Alejandría; del emperador Focas en Roma, que señala una época de decadencia; no tiene grandes dimensiones; de Malborough en Inglaterra; del Gran Ejército en Bolonia; de Alejandro en San Petersburgo; la llamada de Julio en la plaza de la Bastilla en Paris, toda de bronce, coronada por el genio de la Libertad yalzada en memoria de la revolución de 1830; y, finalmente, las hermosísimas á Colón en Barcelona y á la Independencia del Perú en el puerto del Callao.

Algunas veces también, las columnas están destinadas á perpetuar el recuerdo de algún acontecimiento, sin que posean carácter honorífico. Tal es la levantada en Londres por Wreen, á raíz del incendio de 1686.¹ Esta columna se halla construída con piedras de Portland; es dórica y de dimensiones colosales: pasa su altura de 62 metros desde el nivel del piso hasta la cúspide. Un vaso de bronce, del cual se escapan flamas, le sirve de remate. Quizá el hecho no merezca el monumento; la historia de Inglaterra merece otros más dignos de transmitirse á la posteridad.

No quedará fuera de lugar, decir aquí que, además de las columnas triunfales y de las conmemorativas, se han erigido también, sobre todo en los tiempos antiguos, las llamadas *rostrales*, cuyo fuste ostentaba proas de naves, y que servían para conmemorar las victorias navales. Señálanse, igualmente, las *militares* y *límitrofes*; la *bélica* y la *lactaria*; las primeras consagradas á la fijación de los aislamientos de tropas; las segundas, como su nombre lo indica, para determinar límites; las terceras, para lanzar desde su pie el venablo en dirección del país

1. Un nuevo incendio tan terrible como el de la fecha citada, acaba de acontecer (Noviembre de 1897) en Londres, muy cerca de donde se alza esta construcción.

al cual se declaraba la guerra; y las últimas para depositar en un nicho practicado *ex profeso*, á los niños recién nacidos cuyo nacimiento se deseaba ocultar. Pero ninguno de estos monumentos adquirió la grandeza y majestad que las columnas triunfales.

ESTATUAS HONORÍFICAS.

Las estatuas alzadas sobre simples pedestales, constituyen una tercera clase de monumentos honoríficos. Menos importantes y mucho menos costosos que los anteriores, estos monumentos se encuentran más multiplicados; mereciendo desde este punto de vista no poco interés. Para motivar las columnas ó los arcos triunfales, se ha menester acontecimientos notables que hayan ejercido influencia sobre los destinos de la nación; mientras que una existencia colmada de grandes servicios prestados á la humanidad, en cualquier sentido, puede ser merecedora de una estatua. Y tal monumento elevado en una plaza pública á un gran ciudadano, es una preciosa enseñanza y un testimonio de reconocimiento. Por otra parte, se contribuye á embellecer las ciudades, y que sean más familiares las obras de arte á la multitud. Toda la vida del hombre sobre la cual se llama la atención, se reconstruye; despiértase el respeto por la abnegación, el trabajo ó el genio; desarróllanse nobles ambiciones; y al propio tiempo, los rasgos, la actitud, las formas simbólicas de la obra se estudian, se comentan y contribuyen á desarrollar también el sentimiento de lo bello.

Estos monumentos se colocan en los paseos frecuentados, en las plazas públicas ó á la entrada de los puentes. Debe evitarse que se pierdan en espacios vastos, desprovistos de escalas de comparación: aparecerían pequeñas las estatuas, á menos de tener proporciones colosales. Necesitan igualmente formarse cuadro, bien por la vegetación, ó bien por las construcciones que las hagan con ventaja resaltar.

El pedestal no debe ni aplastar la estatua, ni atraer la atención á sus expensas; pero es esencial que se encuentre en ar-

monía con aquélla, y que participe de su carácter. Además, que indique firmeza, que se presente como una base monumental y que deje espacio para la inscripción votiva que suele colocarse en el mismo pedestal. Emblemas bien escogidos pueden exornarlo y completarlo, asociándose al orden de ideas que evoquen el recuerdo del personaje. Pueden asimismo traer á la memoria, por medio de bajos relieves incrustados en los paramentos, los principales caracteres ó rasgos de quien ha merecido el honor de un monumento público. Algunos pedestales ocupan el centro de un hemicíclo, ó de una glorieta circular provista de bancas; ó bien colocadas éstas contra la misma base del pedestal.

Algunas estatuas se hallan dispuestas sobre columnas; simbolismo conveniente y que parece como levantar la imagen del héroe á grande altura sobre la multitud. El efecto producido es, sobre todo, muy satisfactorio, cuando el monumento está situado de manera que pueda verse desde lejos; como en la extremidad de un paseo público, por ejemplo.

En la ciudad de México, poseemos estatuas honoríficas que pueden citarse sin desdoro. Descuella en primer término, la soberbia efigie ecuestre de Carlos IV, obra de Tolsa, reputada en su género, como una de las primeras del mundo: nuestra patria la conserva como un monumento de arte. La estatua erguida y gallarda del infortunado emperador Cuauhtémoc, fundida también en México: se alza en el centro de una hermosa glorieta de la calzada de la Reforma; la de Cristóbal Colón, igualmente dispuesta en ese paseo, y otras.

II.—TUMBAS.

La veneración por los muertos ha sido de todos los tiempos, y pertenece á todos los grados de civilización. Siempre deseamos señalar el pedazo de tierra bajo el cual piadosamente hemos depositado los restos del sér querido, y tratamos de dar un testimonio de nuestro culto á una memoria venerada: de aquí el origen de las tumbas, el respeto que las rodea y la